

Dartigues; prestarle sin que él lo sospechase ese filial servicio, ¿no era el primer deber de Pedro? Nada más fácil que encontrar á Galbran. Pasaba las noches en las tabernas artísticas de Montmartre y se le veía ordinariamente de diez á once en el *Renacimiento de las Letras*. El secretario de la redacción entró en el despacho de Barres y cortó las reflexiones de Pedro.

— Y bien, chiquillo, di á Appel que iré á su casa después de comer, y tú trata de ser razonable. No se ganó Zamora en una hora y tienes tiempo de pensar lo que vas á hacer. Lo esencial es no violentar las cosas. Acuérdate de que todo se arregla. ¿Podríamos si no soportar la vida?

Estrechó la mano del joven y le acompañó hasta la antecámara. Y en el momento de dejarle le dijo aún:

— Redobla tu cariño hacia tu madre... Está inquieta y debes tranquilizarla. Ha sufrido tanto en otro tiempo, que tiene derecho á ser dichosa hoy.

IX

La gran cervecería del *Renacimiento de las Letras* empezaba á llenarse. Eran las once y algunos pintores en trajes negros y cabelleras estéticas, noticieros de periódicos paseando con el oído abierto, personas del gran mundo ávidas de impresiones nuevas, muchachas al acecho de un amante amable ó de una rica conquista, se reunían en una comunidad de pereza, de aburrimiento y de libertinaje. En el fondo de la sala hay una plataforma en la que un piano, martirizado por el acompañador, produce vagos sonidos mientras que un poeta de gran nariz, ojos desiguales y boca canallesca, vierte la lúgubre melopea de una canción maliciosa en el tumulto de los camareros y en el humo de tabaco que da á la atmósfera tintes azulados. En un ángulo que forma como un saloncillo separado del principal y al rededor una mesa cargada de *cocktails*, estaban reunidos Remancón, la linda Amandine de Tresmes y un hombrecillo de cara desmedrada, aire insolente y bajo y vestido con extremada elegancia.

— Y bien, querido Galbran, ¿le ha explicado á usted Amandine de qué se trata? Sería una locura que se castigase usted á sí mismo... Dartigues está muy bien

dispuesto en favor de usted y el momento es propicio... Aprovéchelo usted... Yo mismo he negociado la paz entre usted y Dartigues... No me desautorice usted...

El hombrecillo dibujó en su boca una sonrisa horrible, bebió un sorbo y dijo moviendo la cabeza :

— Sé lo que vale Dartigues... Me ha tratado con una dureza implacable. ¿Qué había yo hecho, en resumen, tan extraordinario?

— ¿Y lo preguntas? exclamó alegremente Amandine. Comerte los fondos del Estado, nada más. ¡Como si no hubieras podido contentarte con que te untaran la mano todos los contratistas del ferrocarril de Gabes!

— ¡No es cierto! contestó Galbran rojo de furor.

— ¿No? insistió Amandine. No me vengas con esas, á mí, que te ayudaba entonces á gastar el dinero, puesto que eras mi amante. Ni se lo cuentes á Remancon, que te pescó con las manos en la masa. Juega lealmente y no discutas las jugadas. ¿Perdiste la partida? ¿Eso te fastidia? Está bien, pero no nos cuentes historias. Sabemos á qué atenernos respecto de ti. No pidas que te tengamos por virtuoso y conténtate con que te juzguemos inteligente.

Remancon se echó á reír.

— Vamos, Galbran, escuche usted á nuestra amiga, que le aconseja bien... Tiene usted papeles que comprometen á Dartigues, lo sabemos... Yo se los compro á usted... Vengan.

— No están á la venta, dijo fríamente el antiguo funcionario.

— ¡Cómo! exclamó Remancon. ¿Los ha vendido usted ya?

— No, los he dado, dijo Galbran haciendo un gesto de indiferencia.

— ¡Nada de guasas! No te burles de nosotros, dijo

Amandine. ¿Has dado unos documentos que valían mucho dinero? Estás lila, Galbran, ó quieres quedarte con nosotros. Vamos, déjate de sandeces. Di el precio, y asunto concluído. No se regatea.

— No tengo ya los papeles, declaró Galbrán.

— ¿Pues qué has hecho de ellos?

— Repito que los he dado.

— ¿Á quién?

— Á alguien que sabrá servirse de ellos para hacer danzar á vuestro Dartigues, respondió Galbran con atroz sonrisa.

— ¡Ya puedes decir que eres venenoso, so tipo! exclamó Amandine. Te arreglo un negocio soberbio con este bueno de Remancon, que sabe lo que vale una conciencia á fuerza de comprarlas, y prefieres hacer daño á tu enemigo en vez de hacerte bien á ti...

— Odio á Dartigues, que es para mí el tipo del advenedizo insolente en el triunfo. Pero paciencia; él sabrá quién soy yo... Me sacrificó á los dicharachos de los tunecinos y me echó al agua porque ya no me creía útil... Yo le haré ver que se engañaba...

— Dices que te ha sacrificado... ¿Pero podía él sacarte adelante?

— Sí. No tenía más que darme los cincuenta mil francos de mi descubierto... No le dió la gana y me entregó al inspector de Hacienda que venía á intervenir la caja... La canalladas propias debieron hacerle indulgente... Claudio Brun habló en mi favor... Fué el único... Pero Dartigues se parapetó en su flamante honradez y tomó aires de pudor alarmado... ¡Malversaciones! No podía creer lo que oía. ¿Socorrer al culpable? ¡Nunca! Y me abandonó en el abismo para probar su moralidad. ¡La moralidad de Dartigues!... Ya la verán en mis papeles los que los lean. Si se publica

sólo la cuarta parte de lo que he revelado, el tal Dartigues pasará un mal momento y yo estaré vengado.

La rabia de Galbran se tradujo en una contracción tan violenta de su amarillento semblante, que Remancón y Amandine, aunque acostumbrados á las fealdades morales, se quedaron como avergonzados ante aquella venenosa explosión de odio.

— Has hecho lo que te ha parecido, dijo Amandine, pero ¿sabes, querido? no te admiro. No es inteligente quedarse tuerto por dejar ciego al vecino. Creo que con el dinero que te daban hubieras podido darte una vuelta y vivir alegremente.

— No necesito nada. Puedo permitirme una satisfacción moral.

— ¡Viva el lujo!

— Ni más ni menos...

— Pero, vamos á ver; sé sincero hasta el fin. ¿ Á quién has dado los papeles?

— ¡Oh! No temo que ése los venda y saque un beneficio á costa mía. Es el adversario mismo de Dartigues.

— ¿Barres? dijo Remancón con asombro. ¿El hombre de Plutarco? ¿El incorruptible Barres emplear tales medios? ¡Imposible!

— Pues tan posible es, que me ha enviado á pedir los documentos su discípulo, su brazo derecho, el joven Appel...

— ¿Pedro Appel?

— Sí, el hijo del doctor. No hay otro...

Amandine rompió en una carcajada tan franca y tan sonora, que Remancón, ganado por la hilaridad de la muchacha, no pudo contenerse y se echó también á reír. Galbran los miraba estupefacto presintiendo algún lamentable error.

— Pues, querido, exclamó Amandine ya serena,

puedes echarlas de vivo... ¡Oh! ¡Combinas tus planes admirablemente! ¿Has dado tus papelotes á Pedro Appel? ¡Al pelo! Ya no tenemos que gastar saliva para convencerte! Nuestro asunto está arregiado...

— No comprendo, dijo Galbran escamado.

— ¡Lo creo! ¿Sabes cómo se llama en realidad el que tienes costumbre de llamar Pedro Appel?

Galbran se puso verde entreviendo una equivocación enorme.

— Pues bien, amiguito, se llama Pedro Dartigues y es hijo del tuyo, del nuestro, del gran Dartigues, en fin... No tengo para qué explicarte dónde están tus documentos á estas horas.

— ¡Oh! exclamó Galbran rechinando los dientes. ¡Si ese individuo se ha burlado de mí!...

— No lo dudes ni un segundo, joven cándido. ¡Qué edad tienes, Galbrán?

El antiguo empleado se bebió de un trago su *cocktail*. Se quedó pensativo y dijo más tranquilo :

— Veremos cómo acaba todo esto.

— ¿Tienes más papeluchos, amigo?

— ¿Tiene usted acaso fotografías de esos documentos? preguntó Remancón, muy experto en el manejo de los papeles acusadores.

— En primer lugar, dijo Galbrán con expresión de orgullo, no crean ustedes que me he dejado engañar... ¡Me han pagado!

— ¡Vamos! Ya decía yo. ¿Cómo este canalla ha dado sus papeles de balde?

— Diez mil francos.

— ¡Oh! Te reconozco Galbrán. Remancón, pídele que nos dispense. El señor no es tan estúpido como habíamos creído.

— Mi querido Galbran, dijo el hombre serio; no

eche usted á perder su situación con intentonas astutas y vulgares. Ha entregado usted los papeles á Dartigues y yo puedo hacerle creer que ha sido voluntariamente. No se descubra usted ahora con nuevas hostilidades y puntadas en los periódicos. Una neutralidad completa, y le prometo otros diez mil francos en el día de la elección de nuestro amigo.

— No le elegirán. Está demasiado comprometido.

— Sí, y le procurará á usted un buen empleo.

— ¡No! Quiero ser libre. Estoy cansado de hacer mi parte en la orquesta gubernamental. Pero no he olvidado la música; ya se verá.

— ¡Pero qué vulgar es todo lo que estás diciendo, Galbrán! Me das lástima... ¡Y yo que te he amado por tu ingenio!... Porque no fué por tu belleza, te lo juro. ¡Y ahora salimos con que eres un sandio! ¡Vámonos, Remancón! No creo ya más que en los hombres de cincuenta años...

— Gracias, hija mía; es todo lo que deseo.

— Ahí tienes, amiguito, ahí tienes un hombre galante. Paga, querido, y llévame á casa, dijo mirando á Remancón.

— Hasta la puerta, si quieres. Tengo mañana un consejo de accionistas... Adiós, Galbrán; tan amigos, ¿eh? Ya sabe usted que, si sigue mis consejos, no se le cerrarán ni la puerta ni la caja...

Galbrán movió la cabeza con una mirada de maldad y dejó marchar á sus compañeros.

La negociación entre Pedro y el cesante se había entablado aquella misma mañana en la redacción de *La Oriflama*, periódico en el que Galbrán redactaba los ecos parlamentarios con un conocimiento de cosas y personas que hacía preciosa su colaboración. Pedro llegó en el momento en que el cajero rehusaba al

periodista un adelanto bajo pretexto de que había ya devorado dos mensualidades. Galbrán conocía á Pedro por haberle encontrado en los teatros en las noches de estreno y porque la celebridad de Appel y de Barres llamaba la atención sobre el joven, ya conocido por sus brillantes crónicas y por sus bonitos versos.

— Ya ve usted, querido, dijo el periodista. La fuente no quiere manar. ¡Dichoso usted, que no tiene estos cuidados!

— Pues bien, si está usted apurado momentáneamente, vamos á hablar. Le traigo, acaso, un negocio...

— ¡Ah! dijo Galbrán. ¿Viene usted de parte de Barres?

— Precisamente, dijo Pedro, que se ruborizó por la mentira.

— Entremos en mi despacho. Allí estaremos mejor para hablar.

Entraron en un chiribitil de tres metros cuadrados, amueblado con un armario, una mesa y dos sillas. En la mesa había un tintero muy manchado, un papel secante lleno de cuartillas esparcidas, un raspador y unas tijeras para cortar periódicos.

Galbrán cerró la puerta con cuidado y ofreció una de las sillas á su visitante.

— ¿Entonces me buscaba usted?

— Sí.

— ¿Se trata de los documentos?

— Naturalmente.

— ¿El maestro lo ha pensado mejor? Ha hecho bien. Con los papeles que puedo darle, asegura su elección. Y, francamente, ese canalla de Dartigues lo tiene bien merecido.

Se echó á reír, lo que le impidió observar que el

joven se estremecía, y se frotó las manos con furor.

— ¡Ah! Los amigos de Dartigues querrian tener esos papeles... Remancón y Brun dan vueltas al rededor... Pero sólo los tendrá quien pueda vengarme de Dartigues, y ese es Barres. Y después, querido, sería un horror que un hombre como Barres fuese batido por un burgués corrompido y corruptor como Maillane. ¡El mejor orador del partido socialista! El único hombre que puede contrarrestar la influencia de los estúpidos colectivistas intransigentes... Oiga usted, me alegro de que haya usted venido... Barres me disgustó rechazando mis ofrecimientos...

— ¡Son diez mil francos los que usted pide? dijo bruscamente Pedro.

El periodista, asombrado por el tono y por la forma, miró á su interlocutor.

— Y no es mucho, se lo aseguro, respondió. El reunir esos documentos ha costado dinero y tengo que resarcirme...

— No discuto. Estoy pronto á pagar... ¿Conque diez mil?

— Sí, diez mil.

Pedro se desabrochó la levita, sacó el libro de cheques, cogió una pluma y escribió la cantidad.

— Ponga usted « al portador », dijo vivamente Galbrán. Nada de nombres. Y después, corte usted el talón y démelo, si le parece.

— ¡Qué lujo de precauciones!

— Querido, la experiencia debe servir para algo. Se sabe ahora el partido que se puede sacar de los talones de los cheques... No lo digo por usted, que es un hombre honrado á carta cabal... Pero todos podemos morir... Los papeles cambian de mano...

— Bueno, bueno. Se hará como usted desea.

Separó el cheque y el talón, los puso en la mesa, miró á Galbrán y dijo :

— ¿Dónde están los papeles?

— En ese armario.

Se levantó, abrió el armario con la llave que llevaba en el bolsillo y apareció dentro una profusión de papeles y de libros y una americana vieja y raída que servía para proteger á la levita nueva.

— He aquí los papeles, dijo tomando un paquete atado y sellado. ¿Quiere usted enterarse de ellos?

— No. Ahí está el dinero.

Pedro se levantó como si tuviera prisa de salir de aquel despacho en el que había comprado los secretos de su padre.

— ¿Se va usted tan de prisa? preguntó Galbrán, que parecía deseoso de completar sus papeles con algunas explicaciones verbales. Iba á indicar á usted la procedencia de los documentos.

— No, eso no es cuenta mía. Los compro y me los llevo. Nada más.

— Sí, Barres se arreglará. Por lo demás, dígame que si tiene necesidad de aclaraciones...

— Bien. Adiós.

— ¡Pero qué prisa tiene usted! Vamos á tomar un bock.

— No; otro día.

— Como usted quiera, dijo Galbrán picado por la resistencia inexplicable que Pedro oponía á sus obsequios.

Le acompañó hasta la escalera y con paso vivo y mirada brillante, como hombre que tiene en el bolsillo una suma inesperada, se fué al despacho del cajero y le dijo con áspera ironía á través del enrejado :

— Y bien, viejo caimán, puede usted guardarse su dinero. Ya no le necesito.

— ¿Le ha caído á usted alguna herencia?

— Sí, de la luna.

Y entró en la sala de la redacción, donde algunos camaradas estaban viendo jugar á las cartas al cronista judicial y al revistero de teatros.

Pedro, con el precioso paquete debajo del brazo, se dirigió con paso vivo á la calle del Luxemburgo. No se llevaba aquellos papeles peligrosos para entregárselos á Barres después de habérselos pagado á Galbrán. Pero sí, acaso, para enterarse de ellos y descubrir el secreto que tanto ansiaba conocer. El joven andaba sin cuidarse de la lluvia que empezaba á caer ni de la gente que le codeaba. Tenía prisa por llegar á su casa para encerrarse y saber por los documentos que tenía en su poder qué era lo que se podía reprochar á su padre.

Llegó calado y lleno de barro, no hizo caso de las exclamaciones de la doncella, que le quitó el gabán y el sombrero para secarlos, y se encastilló en su cuarto. Una vez allí, respiró. Estaba solo, libre, nadie podía detenerle, sermonearle ni prohibirle que aliviasse su conciencia torturada por la duda. Se sentó, puso el paquete de papeles en la mesa y se preparó á abrirlo. Pero su mano vaciló, su corazón se puso á palpar hasta la angustia y le pareció que iba á cometer una profanación al penetrar el misterio de la vida de su padre. En el silencio de aquella casa, á tres pasos de su madre, recordó que ni ella ni Appel habían querido formular, no ya una censura, ni un juicio sobre Dartistes.

Tan interesados como estaban en defenderse cuando él parecía sospechar de ellos, él, cuya ternura les era tan preciosa, habían guardado silencio y rehusado atacar al ausente, cuando así hubiera resaltado su

propia inocencia. Y él, el hijo, impulsado por una curiosidad malsana, se disponía á revolver ese pasado ya muerto, como un malhechor viola una tumba. Pero allí estaba acaso la verdad indiscutible y luminosa. ¿Iba á preesindir voluntariamente de ella, cuando le bastaba un instante para disipar sus dudas?

Pero á medida que su pensamiento se resolvía, una tristeza inmensa invadía su corazón al ver qué cruel había sido con él el destino al hacerle juez de aquellos á quienes hubiera debido naturalmente respetar y querer. El paquete estaba en la mesa, y á despecho de los razonamientos con que Pedro trataba de probarse á sí mismo la legitimidad de sus investigaciones, seguía allí secreto é intacto. Veía en su imaginación la imagen de su padre y en la sonrisa de su boca y en la caricia de sus ojos descubría la excusa de aquellas vacilaciones.

No podía menos de amar á aquel padre que no había tenido para él más que palabras de confianza y de dulzura. ¿Podía creer, como le insinuaban, que aquel encanto era sólo un engaño? Era muy penoso admitir que la voz dulce y vehemente que le había dicho « querido hijo » fuese engañadora. No quería que su padre fuese un hipócrita y un embustero, pues una parte de esa abyección debía caer sobre él. Si los demás le juzgaban así era por rencor, por maldad, por ceguera. Pero él, ¿para qué identificarse con aquellas querellas? ¿No era lo más sencillo desistir de tales debates?

Pero veía con amargura que, á pesar de su deseo, le era imposible. Sus miradas caían sobre los papeles que parecían solicitar su examen. Las revelaciones que contenían, verdades ó calumnias, reaparecerían siempre en una ú otra forma aunque él las rechazase.

Cerró los ojos para no ver el paquete que le pro-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ducía una verdadera obsesión, y trató de pensar en otra cosa. El tiempo pasaba y una especie de sopor se apoderaba de su cerebro, cansado por aquellos choques de ideas contrarias. Recostado en una butaca, no observó que el día declinaba y que la obscuridad se apoderaba poco á poco de la habitación. Su espíritu había caído en una especie de somnolencia y aquel vago reposo le parecía delicioso. No dormía, pero gozaba de una tranquilidad perfecta y deseaba prolongarla. Pasó así mucho tiempo, hasta que interrumpió aquel estado el ruido de la puerta que alguien intentaba abrir desde fuera. Una voz dijo :

— ¿Estás encerrado, Pedro?

Se levantó aturdido y sin saber qué hacer, y la voz repitió con acento de inquietud :

— ¿No respondes? Y sin embargo yo te oigo... ¿Estás enfermo?

Pedro descorrió el pestillo, abrió, y su madre apareció en el umbral con una lámpara en la mano. Miró á Pedro, le sonrió, puso la lámpara en la mesa al lado del paquete, en el que no se fijó, y volviéndose hacia su hijo le puso las manos en los hombros.

— Estás muy pálido... ¿Por qué estás á oscuras? Hace lo menos tres horas que estás en casa... No estabas trabajando...

Pedro se quedó triste, con las sienes comprimidas y las ideas confusas. Su madre se alarmó al verle tan turbado.

— ¿Pero qué hay todavía, hijo mío?

Pedro no respondió, pero señaló con el dedo al paquete.

— ¿Son esos papeles los que te preocupan? ¿De qué se trata?

Se inclinó y leyó en la cubierta estas palabras escri-

tas en letra menuda y mal formada : *Documentos Dardiques*

— ¿Qué es esto? preguntó Francine con las cejas fruncidas.

— Papeles referentes á mi padre.

— ¿Los has leído?

— No, no me he atrevido.

— ¿Te han dicho qué revelan?

— No he querido saberlo.

— ¿Cómo han llegado á tus manos?

— Los he comprado

— ¿Con qué fin?

— Para que no cayeran en poder de los enemigos de mi padre.

— Has hecho bien.

Al oír estas palabras articuladas claramente y que llegaron, generosas y consoladoras, hasta su corazón, Pedro se estremeció, cogió á su madre en sus brazos y dijo temblando de temor y de esperanza :

— Ilumina mi conciencia; dictame mi deber. ¿Debo leer estos papeles para saber lo que es mi padre? ¿Debo no leerlos y seguir en la incertidumbre?

Francine separó á su hijo dulcemente. Su talla se irguió como si creciera. Sus ojos brillaron y dijo sin vacilar y con voz firme :

— Si esos papeles acusan á tu padre, debes tenerlos como calumniosos. Un hijo que consiente en despreciar á su padre, se envilece á sí mismo. Sea lo que quiera, inocente ó culpable, debes defenderle, si quieres ser un hombre honrado.

Pedro exclamó :

— ¡Ah! Me quitas un peso enorme ¡Sí, esa es la verdad! ¡Ese mi deber!

— ¿Lo has dudado?

— Hay momentos en que se oscurece mi conciencia.

— ¡ Pobre hijo mío! La prueba que estás pasando es muy ruda para ti. Todavía no has aprendido á resignarte y á sufrir.

Le indicó los papeles y le dijo :

— Coge esos documentos y ven conmigo.

Pedro obedeció. Su madre le condujo al saloncillo en que ella pasaba el día trabajando pacíficamente con la blanca cabeza inclinada sobre la labor. La chimenea estaba encendida. Francine mostró á su hijo el fuego y le dijo sencillamente :

— Quema esos papeles.

Pedro colocó el paquete sobre las ascuas y se elevó una gran llama que enlazó en sus repliegues las hojas de papel, que se ennegrecían, se retorcían, y volaban una á una, ligeras y purificadas de su veneno. La madre y el hijo asistieron silenciosos á aquella destrucción, y cuando desapareció entre las cenizas el último vestigio de aquel acta de acusación levantada contra Dartigues, Francine dijo :

— Olvida todo esto, hijo mío, y lava tu pensamiento de todas estas manchas. No aprendas á despreciar ni á odiar. Lo único bueno en la vida es amar.

— ¿ Tendré ese derecho? preguntó Pedro con amargura.

— No dependerá más que de ti el ser bueno é indulgente. He sufrido y llorado mucho durante mi existencia; pero ni una vez he maldecido al destino, porque te tenía á mi lado y mi ternura me impedía el desesperar. He perdonado el mal que se me había hecho y este ha sido un gran consuelo para mí. El ser indulgente da una fuerza inmensa y es un alivio para el pensamiento. Suceda lo que quiera, hijo mío, proponte

no odiar y serás recompensado por los demás y por ti mismo.

— Pedro se arrodilló á los pies de Francine, apoyó la cabeza en sus rodillas y exclamó :

— ¡ Querida y santa madre! ¡ Cuánta razón tienes y cuánto mejor convencido me siento por tu bondad que lo hubiera estado por tu cólera! No temas nada. Tú tendrás siempre un ascendiente inmenso en mi corazón. Te obedeceré siempre, porque tienes tanta cordura como bondad. ¡ Querida y buena madre!

Las palabras expiraron en sus labios y se quedó en una exquisita seguridad, sin pensar en nada, vuelto á la primera niñez, mientras que, sonriente y enternecida, Francine paseaba sobre los cabellos de su hijo la caricia ligera de sus dedos. Esta dichosa paz de la madre y del hijo fué interrumpida por la llegada de Appel. El doctor entró en el salón, vió aquel espectáculo y después de sus temores y de sus dudas, sintió en su corazón un gran alivio.

— ¡ Ajá! dijo, así me gusta veros... No te levantes, Pedro, estás en tu verdadero sitio.

Se sentó al lado de ellos y les contó con sencillez los pequeños incidentes del día, las visitas que había hecho y lo que se decía en la Facultad. Estaba olvidado lo que un instante había podido separarlos, y las incertidumbres y los tormentos de las seis últimas semanas, se trocaban en una calma de confianza y de seguridad. Los tres comieron alegremente gozando de su intimidad reconquistada.

Desde aquel día Pedro no hizo ninguna alusión á lo sucedido entre su padre y él. Parecía muy tranquilo y se puso á trabajar en una obra que tenía empezada sobre los *Trades-Unions* desde el punto de vista de la clase obrera francesa. Sin embargo, no fué ya á pedir

consejos á Barres, el cual le había dado preciosas indicaciones para el comienzo de su libro. Parecía como que guardaba un sordo rencor á su maestro y éste, corazón generoso é inteligencia sagaz, comprendía las razones de la frialdad de Pedro y no se ofendía, pues conocía demasiado las debilidades humanas para no ser indulgente. Cuando veía á Appel, le decía :

— No me sorprende que Pedro se separe de mí. No podía suceder otra cosa. Ese muchacho ha sufrido mucho y tiene que echar á alguien la culpa, pues no está conforme con la naturaleza humana el sufrir el dolor con paciencia. No quiere acusar á su padre ni puede acusarte á ti, y es á mí á quien hace llevar el peso de su resentimiento. Es justo y no me ofende. Deja á ese muchacho que eche raíces en el buen terreno y que viva á sus anchas, con tal de que se fortifique. Porque no ha llegado al fin de sus penas y la vida le reserva todavía muchas sorpresas. Como comprendes, Dartigues, que nunca se ha detenido ante nadie ni ante nada, no va á modificar sus proyectos sin más fin que el de ahorrar á su hijo algunas sacudidas morales. Dartigues necesita llegar. Su parábola está trazada de antemano como la de una bala de cañón, y todo lo que se encuentre en su camino será hecho pedazos, hasta el momento en que el mismo proyectil estalle. Veremos entonces lo que deja ver la explosión...

La campaña electoral, en efecto, sin la participación de Pedro, se perseguía con encarnizamiento. Barres fué á Maillane y su presencia produjo una sensación inmensa en el partido obrero. Todos los trabajadores de las fábricas y del campo, reunidos en el teatro, oyeron la palabra conmovedora del gran orador y aclamaron su candidatura. No se trataba

ya del canal del Arbosques ni de la línea de Maillane á Arles, sino del destino del proletariado entero. Á los que hablaban mezquinamente de intereses particulares, les respondió Barres con el interés general. La ciudad resonó durante dos días de aclamaciones y ditirambos. Los partidarios de Dartigues, se habían callado. El ciudadano Langlevés y su inseparable Pagevín repetían todas las noches en el café del Comercio el discurso de Barres mostrando al proletariado como vencedor de la burguesía y dueño, al fin, de la fortaleza capitalista. No se explicaban muy bien sobre lo que debía ser la toma de posesión de la tal fortaleza, pero la emoción de su voz, la vehemencia de su acción oratoria daban á entender que se trataba de algo prodigioso que supondría la ruina de todos los que tenían algo y, sobre todo, la ociosidad de los que no tenían nada.

— El prefecto debe andar con cuidado, decía Pagevín. Yo me acostaré en su cama y en cuanto al recaudador, ya puede venir á cobrar las contribuciones; se le recibirá á escobazos.

— Por fin reinará la igualdad, decía Langlevés con un ademán envolvente.

— Pero cuando no haya nadie en el montón, ¿cómo haremos? insinuó suavemente un granjero que las echaba de pensador.

Pero el desgraciado tuvo que refugiarse debajo de una mesa perseguido por las invectivas de Langlevés. De todas las teorías de Barres para llegar á una humanidad mejor, sus partidarios no habían sacado en limpio más que una cosa : el cambio completo del orden establecido.

Breloquier asistía con amarga tristeza á aquel desencadenamiento de aspiraciones y á aquella explo-

sión de odios, pero estaba convencido de que hablar razonablemente sería perjudicar la causa de Barres. Por mucho que cambien las cosas, pensaba, siempre hay en el fondo la misma historia. En todo movimiento popular, ya sea una elección, ya una revolución profunda, el sentido común es ahogado por la imbecilidad. Cuando en París proclamamos la *Commune*, nuestra concepción social era magnífica, pero fué en seguida adulterada por los malhechores, que en lugar de organizar y reformar se pusieron á aterrorizar y á proscribir. ¡Qué humillación para Barres al ver que sus ideas son falseadas y sus esperanzas profanadas de este modo! Y sin embargo, para llegar hay que apoyarse en esta masa obtusa. Así lo exige el progreso...

— ¡Mozo, un ajenjo!

Y el antiguo revolucionario trataba de encontrar sus sueños de la juventud en aquel veneno del pensamiento, sin ver más que las tristes realidades del presente.

Mientras tanto los miembros del comité de Dartigues no permanecían inactivos. Aquéllos no eran utopistas y sabían lo que querían y á dónde iban. El nombramiento de su candidato debía asegurar el triunfo de un sindicato de intereses. El gobierno los apoyaba secretamente, pero con vigor, y la palabra de orden circulaba entre los funcionarios del distrito. Dartigues se había marchado á París á fin de ponerse en relación con sus jefes políticos, y toda su familia se había instalado en el hotel de la avenida Hoche.

La viuda del presidente había encontrado desde el primer momento todo el servicio preparado, los coches en las cocheras, los caballos en las cuadras y el abono á la Ópera encima de su tocador. Por un prodigio de buena voluntad, la temperatura le pareció soportable,

á pesar de que aquella primavera parisiense se parecía á veces al invierno. Pero la señora de Maillane estaba en París y se disponía á gozar de la vida. El encargado de negocios de su país había estado á ponerse á sus órdenes, y la viuda pensó con melancolía que si el general hubiera vivido, los hubieran recibido oficialmente como á unos soberanos. Era la primera vez que sentía la muerte de aquel gorila sanguinario. Pero si Dartigues no tenía el prestigio del rango oficial, tenía el de la fortuna y sabía emplear muy bien sus millones.

Bella, indiferente á todo aquel lujo, no había visto en su llegada á París más que la posibilidad de ver á Pedro. Estaba asombrada de que éste no hubiera dado noticias suyas desde que se marchó de Maillane. Varias veces había pronunciado tímidamente su nombre delante de Dartigues, y había visto ensombrecerse la cara de su padrastro, como si sufriera una viva contrariedad. « Pronto vendrá, le decían; ha estado ocupado en trabajos urgentes. Además, no sabe que estamos en París. Escribiéndole dos palabras, vendría. »

La joven creía comprender que Dartigues le invitaba á escribir esas dos palabras, pero estaba tan lejos de sospechar la intriga en que inocentemente se encontraba metida, que no adivinó las inquietudes que atormentaban á Dartigues. Aquel hombre fuerte al que nada había jamás detenido, estaba por primera vez preocupado é incierto. Aquel hijo al que había ido á buscar para arrebatárselo á sus adversarios y hacerle servir para su victoria, había adquirido rápidamente y sin que él se diese cuenta de ello, una influencia real en su corazón. Halagado al principio por el aspecto vigoroso de aquel guapo muchacho en quien creía ver reaparecer su juventud, quedó después conquistado por las cualidades de brillante y delicada inteligencia

que Pedro manifestaba en sus conversaciones. Había visto en su hijo un hombre notable por su sensibilidad, por su finura y por su gracia aristocráticas, y su orgullo de antiguo obrero se había sentido encantado de revivir en aquel joven tan superior á él.

Desde que Pedro se marchó, le faltaba á Dartigues algo de sí mismo y había creído que una vez en París su hijo correría á verle. Los periódicos habían dado cuenta pomposamente de su toma de posesión del hotel de la avenida Hoche. Remancón se había cuidado de la *mise en scène* de la llegada y de describir los esplendores del hotel y las fiestas que se proponía dar el futuro diputado por Maillane. Los más ruidosos golpes de bombo habían proclamado la entrada de Dartigues en la capital, y Pedro seguía invisible.

Remancón había creído hacer bien contando á Dartigues, como una prueba de interés de su hijo, el episodio de los documentos de Galbran. En su cándida canallería, el hombre de negocios no admitía que Pedro hubiera podido sacrificar diez mil francos con otro objeto que el de entregar los papeles á su padre y ganarse así su gratitud. Pero Dartigues no vió esa acción de la misma manera y creyó que el estar en manos de Pedro unos papeles proporcionados por el antiguo empleado, cuyos sentimientos hacia él conocía, podía traer las más funestas consecuencias.

No se confió á su compadre y se quedó más sombrío que nunca. El pensamiento de que las infamias amontonadas en aquellos papeles por su enemigo estaban en poder de Pedro, le daba escalofríos. Él, que con tanta facilidad decía de todo y de todos : « ¿Qué se me da á mí? » estaba angustiado al pensar qué creería Pedro de todo aquello. Recordó las operaciones hechas en Túnez, acerca de las cuales Galbran había podido

guardar documentos, y en su fuero interno no comprendía qué había en ellas de extraordinario.

Siempre había visto manejar de aquel modo los grandes negocios. ¿Por qué reprocharle lo que era cosa corriente, y aun aplaudida, cuando los resultados obtenidos eran ventajosos? Sí, ¿pero aceptaría la conciencia de su hijo lo que aceptaba la conciencia universal? Poco le importaba la opinión de los demás; lo importante era que su hijo no le condenase.

En este debate consigo mismo pasó las horas más sombrías de su vida desde sus nuevas prosperidades. Tuvo la impresión de que todo se derrumbaba en torno suyo y de que el edificio levantado por su audacia amenazaba venirse abajo. En aquel momento hubiera necesitado un confidente y no encontró á su lado más que á Remancón y Barandet, dos comparsas. Claudio Brun, el indispensable consejero de los días difíciles, no estaba allí. Herido en su amor, se había separado y era indiferente y acaso hostil. El aislamiento pesaba á Dartigues, pero hubo en él un movimiento de orgullo que le hizo levantar la cabeza. ¿Tan abatido estoy? pensó. ¿Tengo necesidad de esos auxiliares para vencer? Nunca han hecho más que aprovecharse de mis victorias. Un poco de firmeza y saldré adelante á pesar de todo.

En aquellos días, Remancón, decidido á poner en claro la situación que le parecía embrollada, se fué á ver á Amandine de Tresmes. La cantante estaba en su tocador ocupada en poner en fila los sesenta pares de zapatitos que eran su gloria y con los que le gustaba jugar. El hombre de negocios llevaba aquel día, para captarse la benevolencia de la muchacha, un brazalete de estilo anglobizantino, de gran precio y deplorable gusto.

— ¡Ah! Aquí tenemos á mi buen Remancón... exclamó Amandine golpeando uno con otro dos zapatos de seda roja. ¡Mira, mira qué zapatito tan mono!... Tu nariz no cabe dentro...

— Es la chancla de la Puerca cenicienta... Ponla en la chimenea y colocaré en ella un regalo...

— ¡Pero qué bueno eres! ¡Ah! ¿Es *modern style*? Querido, yo hubiera preferido brillantes, sencillamente. Cuando pase la moda de estas alhajas no le quedará á una nada que valga un pito. ¿Comprendes mi pensamiento?

— Le tendré en cuenta, chiquita mía. Dime, tú que sales mucho, ¿no has encontrado por ahí á Pedro Appel?

Amandine tomó un aire de dignidad.

— Remancón, esa curiosidad está fuera de lugar y me asombra en un hombre tan correcto. Tuve un capricho por ese guapo mozo, però esto no te concierne.

— ¡Bah! Si crees, hijita, que te lo pregunto para acusarte, te engañas por completo, dijo en tono paternal Remancón. Ya sabes que no soy un tigre...

— ¡No! Ni mucho menos... Me hablas con mucha frecuencia de mis otros amantes... Y no me gustan esas familiaridades...

— Trata de ser formal, interrumpió Remancón con impaciencia. Hablemos de asuntos graves. Ya sabes que Dartigues es el padre de ese joven á quien Galbrán entregó los papeles que yo le regateaba... Pues bien; Dartigues no ha vuelto á saber de su hijo y no sabemos qué quiere decir esto.

— ¡Pardiez! No es difícil adivinarlo... Ese muchacho habrá leído los papeles y habrá sufrido un mal golpe al ver que su padre es un canalla...

— ¡Amandine! Olvidas que Dartigues es mi amigo.

— Y que tú eres como él, ¿verdad, chiquito?

La joven se sentó en las rodillas del viejo y se puso á darle palmadas en la mejilla con su blanca mano.

— ¡Las bribonadas que habéis debido hacer todos para ser ricos! No digas que no... Galbrán me contaba muchas de las tuyas.

— ¡Es un estafador!

— Convenido, però no se venden los secretos del que no los tiene. Si Pedro ha visto claro en vuestros negocios, es probable que no esté poseído de admiración hacia vosotros. Ya procuraba él saber á qué atenerse sobre Dartigues, porque cuando fui á Maillane...

— ¿Para verme?

— Sí. Pasé la velada con Pedro...

— ¡Está decente!...

— ¡Toma! Me dejaste sola en la posada mientras tú roncabas bajo los artesonados techos del castillo. El muchacho, por lo demás, no pensaba en el amor aquella noche... Pues bien, no cesó de preguntarme sobre Dartigues, sobre sus negocios, sobre su pasado... Tenía ya cierta escama... Piensa cómo le habrán puesto los papeles de Galbrán. ¡Oh! Yo me pongo en su lugar! Y después, ¿sabes? Galbrán no dejará las cosas así. Es un mal bicho...

— Convendría que le vieses, dijo Remancón preocupado.

— ¿Quieres que le haga venir? Sé dónde está y con un almuerzo bien ofrecido y una amable sonrisa le haré contarme lo que esté fraguando...

— Mucho te lo agradeceré... ¡Ah! Las mujeres son buenos agentes para los que saben emplearlas.

— ¡Y que lo digas! Puedes contar conmigo.

Á las seis del día siguiente, se preparaba Remancón